

## La "semana loca" del PCE

**S**ABADO, nueve menos cinco de la noche: frente al palacio de la Prensa, en la plaza del Callao, han comenzado a formarse grupos de jóvenes. Cualquier persona medianamente observadora puede percatarse de que no se trata de "habituales" de las discotecas de la zona.

Nueve y tres minutos: desde la acera opuesta llega pronto un griterío confuso. "Ya han empezado aquéllos", dice alguien. Suena una palmada, y en cuestión de segundos, la Gran Vía se convierte en una riada de muchachos de ambos sexos que corren hacia la plaza de España pregonando "Mundo Obrero" y sembrando las paredes de carteles y pintadas que invitan al ingreso en el Partido Comunista de España o piden "¡Sí, sí, sí... Dolores a Madrid!".

El público lo observa todo entre atónito y divertido. A los más no les da tiempo siquiera a reaccionar. Alguna dama, desde el estribo de su autobús, comenta disgustada: "Lo que tenéis que hacer es trabajar, ¡gandules!".

Nueve y diez minutos: los gritos y carreras han cesado. La Gran Vía ha recobrado su normalidad. La gente que sale de ver a Dustin Hoffman y a Robert Redford en celuloide se topa con Dolores y Carrillo en forma de "poster". Se hacen comentarios. Algunos de simple reconocimiento: "Mira, La Pasionaria". Algún ciudadano, más violento, arranca con las uñas los carteles que va encontrando. Tal vez sólo pretenda ahorrar trabajo a las Fuerzas del Orden.

Cambio de escenario: un pequeño local en Carabanchel. Seis y cuarto de la tarde del día siguiente: hay reunidas unas cien personas. Sólo pocas más caben en la sala. En todas las paredes, carteles que hablan de los "cincuenta años de lucha por las libertades" del PCE. Sobre la mesa de los oradores, tres bandejas cargadas de sandwiches.

Víctor Díaz Cardiel pronuncia unas palabras. Ha de ser breve. Tiene que asistir inmediatamente después a otro acto en Getafe, y luego a un tercero. Habla de la represión que no cesa y de la necesidad de abstenerse en el referéndum, que hoy por hoy no ofrece ninguna garantía. Anuncia la detención esa misma mañana de Simón Sánchez Montero por la Guardia Civil mientras participaba en un acto semejante (1). Una prueba más de la inseguridad básica en que nos seguimos moviendo, explicará. Todos escuchan en silencio, un silencio atento que sólo rompen el lloriqueo o la protesta de algún niño.

Al final se entregarán los carnets a los que ya militan y se invitará a todos a que se afilien. Suenan aplausos y se acercan los miembros del partido en la zona, que así se presentan públicamente. Una señora de pelo cano pide hasta tres credenciales y llama al marido y al hijo para que las reciban personalmente. Se intercambian abrazos y besos en las mejillas. Reina un ambiente casi familiar en este acto. Uno de tantos de los que se están celebrando estos días como parte de la llamada semana de presentación del PCE en Madrid.

Una semana que comenzó con mal pie con la detención el mismo lunes de madrugada de cinco militantes que colocaban carteles de propaganda en el Metro. Pero la inauguración digamos "oficial" de la misma no tuvo lugar hasta el día siguiente, cuando, durante una reunión en la que participaron miembros tanto de la Dirección Nacional como del Comité Provincial, se realizó la primera entrega "simbólica" de carnets a los miembros del Comité Provincial que más años habían pasado entre rejas. Ni que decir tiene que los records eran aquí bastante altos.

¿Qué funciones al margen de la me-

ramente simbólica atribuyen sus organizadores a la semana del PCE? Fundamentalmente, tres: completar la operación de salida a la luz pública a fortalecer el partido mediante la aportación de nueva savia —las organizaciones piensan distribuir más de 14.000 carnets— y conseguir de una vez los pasaportes para Dolores y Carrillo. A este último fin se están recogiendo copiosas firmas para un documento en el que se solicita la aplicación a ambos de la amnistía al tiempo que el comité de abogados del partido, que ha hecho su aparición pública dentro del marco de la semana, ha dirigido también un escrito al decano del Colegio en el que pide su intervención personal cerca del ministro de la Gobernación.

Ambigua, tal vez deliberadamente, ha sido, frente al aluvión de reuniones y actos de todo tipo enmarcados en la semana, la postura de las autoridades. Mientras por un lado se denegaban sistemáticamente cuantos permisos se solicitaron para la celebración de actos, la Policía observó cierta tolerancia en muchos casos.

Así, por ejemplo, la organización de profesores de Universidad pudo presentarse públicamente durante una asamblea en que intervinieron Gallego, Sánchez Montero y el poeta y viejo militante Blas de Otero. Al día siguiente, sin embargo, hubo de interrumpirse bruscamente a los diez minutos de comenzar un acto paralelo que protagonizaban el comité de profesores y alumnos de Universidad.

Así también, mientras en un Colegio Mayor tenía lugar sin mayores problemas la asamblea de la agrupación de Arte y Cultura, en Getafe se prohibió por orden gubernativa la presentación del libro "¿Quién mató a Julián Grimau?".

Por otra parte, si bien se han producido numerosas detenciones durante la semana, sobre todo entre militantes de base que hacían pintadas callejeras o vendían publicaciones del partido en tenderetes improvisados en plena calle, también es cierto que todos, excepto dos, han quedado posteriormente en libertad bajo fianza. Si bien las fianzas llegan a alcanzar en algunos casos las 50.000 pesetas.

Sea como fuere, la semana del PCE en Madrid ha constituido una especie de prueba de fuego definitiva para el partido. Ha servido, en opinión de sus organizadores, para dar seguridad y confianza a los militantes más jóvenes que han de actuar en adelante al descubierto a la vez que ha ayudado a vencer los recelos de mucha gente, sometida a los efectos deformantes de cuarenta años de anticomunismo elemental.

El hecho de que, por ejemplo, un grupo de personas —en algunos casos amas de casa— se presentasen de improviso en un bar o en un cine y tras confesarse militantes del PCE comenzasen a repartir entre el público ejemplares de "Mundo Obrero" u "Hora de Madrid", contribuía, superada la primera reacción natural de estupor, a crear un nuevo clima de aceptación e incluso de simpatía.

Igualmente han venido a familiarizarnos con la idea de un PCE operando abiertamente y forzando con ello el techo de la legalidad, las noticias aparecidas en la prensa sobre la estancia en Madrid de Santiago Carrillo. Esta misma semana un semanario publicará una entrevista con el secretario del PCE fechada en Madrid. Mientras tanto se anuncia como inminente la intervención del dirigente comunista en algunos actos públicos, aunque, naturalmente, en sus primeras apariciones tenga que rodearse de suficientes medidas de seguridad que impidan o al menos dificulten su detención. ■ JOAQUÍN RABAGO.

Los  
Contem  
pora  
neos

## PERSUASION DE LA GARROTA

**U**NA mañana de domingo aquel niño, después de haberse retrasado legalmente en la cama tibia, fue llamado por su madre al balcón. "Mira, mira". El niño aplastó su nariz contra el frío cristal y miró. La calle tenía un aspecto raro, pero, ¿cuál? ¿En qué consistía? La madre le aclaró un poco lo que tenía que mirar: "Fíjate: hoy todos los señores llevan bastón". Era verdad. Desde el bastoncillo de fino bambú de bengala hasta la garrota de menestral. Otra vez aclaró la madre: "Es que hoy hay elecciones". Era el 12 de abril de 1931.

Aquel niño está hoy recubierto de centenares de capas de emociones y decepciones sucesivas que han hecho este Pozuelo. Pero todavía, desde el fondo mismo del ser, cuando se le dice la palabra emociones reacciona con la palabra garrota. Freud sabía mucho de eso. El día de las elecciones —y los días previos— era día de disturbios. A veces, los días posteriores. Hubo unas elecciones el 16 de febrero de 1936, y el 18 de julio del mismo año se produjo un disturbio que duró en su forma activa tres años, y que todavía dura: si hay garrotas en las calles en esta votación del 15 de diciembre, están compradas entonces.

Había, hay, también garrotas invisibles. La presión del cacique, la compra del voto, la amenaza. A veces, en algún referéndum, la gran amenaza de todo el ambiente.

Y había grandes y pesadas garrotas que se abatían de pronto sobre una urna, cuando los que iban a perder contrataban o excitaban sus rufianes, sus partidas de la porra. La urna rota, la democracia sangrando por los sueños con su sangre de papeletas blancas, y la elección anulada en aquel colegio. Hasta que hubo que hacer las urnas de madera. La rotura de la urna fue el "pucherazo", palabra que luego se aplicó por extensión a todo fraude electoral.

Ahora el pucherazo tendrá que ser electrónico. O tendrá que ser, como se va viendo, previo. Antes de la urna de cristal está el cristal de la televisión. Madre del pucherazo. De un pucherazo más elegante, sin necesidad de garrota ni de ceño fruncido de cacique. Al pucherazo se va ahora por la sonrisa, por la persuasión, por ciertas formas de violación de la personalidad a las que la personalidad se resiste mal. Como si encontrara un regustillo agradable en ser violada (dicen algunas de ellas que, a veces, eso pasa).

La política tiene un gran fundamento en la garrota. La democracia no ha podido estar nunca exenta de ese cetro de la voluntad del chulo, del jaquetón. Desde la prehistoria, las doctrinas cambian, las costumbres se afinan, la ciencia se multiplica geométricamente, pero la garrota permanece. No tiene demasiadas variaciones con respecto a la que usaron nuestros primeros padres: sigue siendo una dura prolongación del brazo, el cual siempre prolonga los cerebros más disminuidos, cuya mayor vocación es la de aplastar como huevos aquellos otros cerebros más evolucionados, con más repliegues. Cuando más se piense, más apto se es para recibir en la crisma la extremaunción del garrotazo.

POZUELO

(1) Sánchez Montero sería puesto en libertad pocas horas más tarde.